

DEJÁNDOLO TODO, LO SIGUIERON

V Domingo. T. Ordinario. Ciclo C
Is 6,1-8; Sal 137; 1Cor 15, 1-11; Lc 5,1-11

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la Palabra de Dios; estando él a orillas del lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban junto a la orilla, cuyos pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: Rema mar adentro y echad las redes para pescar. Simón contestó: Maestro nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes. Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un pecador. Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón: No temas: desde ahora, serás pescador de hombres. Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

La primera lectura del Profeta Isaías, un excelente poeta, narra su experiencia religiosa del primer encuentro con el Señor; el relato de la visión de la gloria de Yahvé es impresionante. Así, responde a su vocación: Aquí estoy, mándame. Quien se encuentra con Dios experimenta una transformación que le hace ser más consciente de su responsabilidad.

En la teofanía, Dios aparece como un rey sentado sobre el trono, rodeado de misteriosas figuras áulicas que destacan la impenetrabilidad de la esfera divina y su diferencia de la humana. Están bellamente armonizados los componentes del binomio «santidad» (trascendencia) y «esplendor» (inmanencia), que definen al Dios de Israel como un Dios Salvador. Toda profecía auténtica nace de una experiencia particular de lo divino.

La manifestación del que es santo, del que se eleva por encima de la mediocridad humana, descubre la pequeñez y el pecado del hombre. No es miedo lo que invade al profeta, sino el sentimiento radical del pecador ante la santidad transparente de Dios, que le hace incapaz de mantenerse en su presencia. El profeta se siente abrumado ante el enorme contraste entre su insignificancia y pequeñez y la dignidad y grandeza de la misión que se le confía: Anunciar con sus propios labios la palabra de Dios. Y es que resulta carga excesiva el que la palabra humana sea vehículo de la palabra de Dios; la revelación de Dios lo purifica y lo llena, para confiarle una misión: "Vete y di a ese pueblo...". El profeta, con disponibilidad total, salvará la distancia entre el Dios Santo y su pueblo y le imprimirá la pureza de sus labios y hará que la palabra de Dios llegue sin adulteraciones al pueblo que ha de escucharla.

El profeta se serena y cobra ánimos cuando sabe que es Dios mismo quien le purifica y capacita para la misión. También en el caso de Jeremías, el profeta se crece y supera su dificultad para hablar, cuando sabe que es Dios quien habla y le envía. Jesús tranquilizará a sus discípulos con la promesa de su presencia: él será quien les diga lo que tienen que decir. Sólo es posible cargar con la responsabilidad de la misión profética, cuando el hombre está totalmente a disposición del Señor. Con la misma disposición que María se someterá a los designios de Dios, ahora el profeta acepta voluntariamente la misión que se le encomienda: "Aquí estoy, mándame". Isaías se muestra pronto a la llamada, como los grandes profetas Jeremías y Moisés, fueron, heraldos de la palabra profética.

Los odios, injusticias, desmanes, afán de poder bélico..., han convertido este planeta en un lugar inhóspito y frío de rumbos peligrosos. El profeta viene a nuestro encuentro; la palabra profética será siempre arma de doble filo: salvación para el que crea y piedra de precipicio para el que endurezca su corazón.

Dios no se encierra ni se deja encerrar en ninguna realidad. Dios mira continuamente hacia una sociedad siempre nueva; es la única fuerza que puede dar al hombre alienado, el verdadero sentido de su vida. La palabra de Dios captada en el seno de la historia tiene carácter decisivo. Jesús de Nazaret es la gran confirmación de ello.

El Salmo responsorial (137) repite: *Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor.*

La segunda lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (1Co 15,1-11) dice: *Esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído.* "Por la gracia de Dios soy lo que soy" y esto por amor, por el amor que Dios nos tiene y por el amor que nosotros debemos tenerle.

Corinto era célebre en su época, entre otras cosas, por la corrupción moral que en ella se había desarrollado; tenía un templo dedicado a la diosa Afrodita, en el que más de mil muchachas se dedicaban a la prostitución cultural. En el terreno religioso, la ciudad se caracterizaba por un gran sincretismo y en el social, por un marcado contraste entre situaciones de riqueza desmedida y miseria absoluta. Pablo era conocedor del ambiente que se vivía en Corinto; esta comunidad ocasionó a Pablo muchos problemas y, por ello mantuvo una relación intensa y rica con ella.

Después de abordar cuestiones prácticas sobre convivencia comunitaria y asuntos morales para la vida cristiana, Pablo vuelve a lo que es principio y fundamento de la fe con todas sus exigencias; saliendo al paso de la tendencia relativizadora de todo, insiste en lo que está por encima de todo partidismo e ideología: La buena noticia de la muerte y resurrección de Jesús. Porque éste es el acontecimiento único que hace feliz a la humanidad: Un hombre, Jesucristo, ha resucitado y nos resucitará a nosotros. Este es el corazón del mensaje paulino y cristiano; la ocasión de exponerlo reside en que, en Corinto, existía un grupo que negaba la resurrección de los cristianos, no era por puro materialismo, sino por creerse ya resucitados por el bautismo. San Pablo les hace ver que es imposible confesar y creer en la Resurrección del Señor y no creer también en la propia. En apoyo argumental, da la primera lista, cronológicamente hablando, de los testigos de la Resurrección; testigos oficiales por así decir que proclaman cómo el Crucificado vive actualmente y ellos mismos lo han experimentado.

No quiere terminar su carta sin recordarles el Evangelio que les predicó y que ellos aceptaron, el Evangelio que es lo único que puede salvarlos, si es que no lo han olvidado y lo han hecho vida en su alma. Y se menciona a sí mismo en un testimonio directo de su propia experiencia con el Señor Jesús glorioso y resucitado. Hace algunas observaciones interesantes de sí mismo, en las que reconoce la gracia recibida y su propia respuesta a esa gracia.

Lo principal es el testimonio de la Resurrección de Cristo. Nos recuerda el anuncio inicial que es el punto más importante. Tenemos en estos versículos el texto más antiguo que habla de ese suceso central para nuestra fe. Pablo apunta su conclusión: si Cristo ha resucitado, también nosotros. Aunque Pablo no pertenece ya a la generación de los Doce, se considera apóstol por excepción. Pues ha tenido también su "experiencia" del Señor resucitado. Por eso Pablo no predica el Evangelio sólo desde su experiencia, sino ateniéndose también al testimonio de los mayores, de las columnas de la iglesia, transmitiendo lo que ha recibido con fidelidad. El Evangelio no es propiamente una doctrina, sino el anuncio de un hecho de salvación. Su contenido es, ante todo, el mensaje apostólico de la resurrección del Señor. Su forma es la tradición viva. Pablo se presenta como testigo de esa tradición que viene de los Apóstoles, de los que vieron y oyeron. El transmite lo que

ha recibido. Cuando él comienza a predicar, la tradición ya está en marcha. El empalma con ella en Antioquía, de esta iglesia recibe la tradición; por eso es una tradición viva y vivificante.

El Santo Evangelio según San Lucas Narra, con exquisito arte descriptivo, la pesca milagrosa (5,1-11). Comienza con la gente agolpándose alrededor de Jesús y con los pescadores de dos barcas atracadas a la orilla del lago Genesaret o Tiberiades.

El texto no es un relato de vocación, sino una instrucción sobre las características del discípulo, que, en Lucas, es sinónimo de cristiano, indica cómo tiene que ser el discípulo. Lucas distingue entre gente que va a oírlo y discípulo. Es característica del discípulo el fiarse de Jesús aun cuando las evidencias empíricas estén en contra. Un pescador profesional sabe que la petición de Jesús no es lógica, porque va contra la evidencia de la experiencia; Lucas recalca intencionadamente esto para que resalte más el elemento central: "...pero, por tu palabra las echaré". Esta característica ya la señala en la visita de María a su prima (Lc. 1,39-45), redactada bajo la óptica de la fe, del fiarse de la Palabra de Dios: ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumple.

Fiarse de Jesús es descubrir a alguien excepcional y superior a uno; el descubrimiento de Jesús lleva al discípulo a someter a renovar la propia vida y entregarla a Jesús. Fiarse de Jesús genera una nueva situación libre de miedos y falsos temores, abierta a los demás. La Palabra de Jesucristo conlleva maravillosas consecuencias inéditas, y, a su vez, vida renovada, pues el que se ha fiado de la Palabra de Jesús entra en una dinámica nueva. Pedro acoge, la acepta con confianza, hace suya esa Palabra. Se fía de ella y los dos versículos siguientes, 6-7, reflejan el resultado de la acogida de la Palabra de Jesús, un resultado imprevisible, impensable; y la reacción humana es de asombro, pasmo, temor por la propia insignificancia e infidelidad; la Palabra de Jesús disipa temores e introduce al que se ha fiado de ella en una novedad de vida. Esta es la característica por antonomasia que debe tener el discípulo, el cristiano.

Fiarse de esa Palabra hace posible que acontezca lo impensable o, lo que es lo mismo, la utopía, la cual jamás será posible desde la lógica del pragmatismo. Fiarse de la Palabra de Jesús limpia de jactancias más o menos inconfesadas y para los demás es una referencia de ilusión y de esperanza.

Dejándolo todo lo siguieron. Quien no ama, no es discípulo de Jesucristo. El cristiano se distingue por el amor; el amor que impele a seguir, sin dilación ni titubeos, la vocación (de *vocare*), a acoger con voluntad y decisión, como hacen los apóstoles, la llamada de Jesús: "Venid conmigo y os haré pescadores de hombres. Ellos, al instante, dejando las redes lo siguieron" (Mt 4,19; Mc 1,18). También, al joven rico le ofrece su vocación: "Ve y véndelo todo y sígueme", pero él, entristecido, se retiró; el dios "dinero" le atrapaba el corazón; perdió su oportunidad, desechó su vocación. Son las dos facetas de la respuesta a Cristo.

La perícopa de San Lucas (5,1) se extiende más y narra todo un proceso personal, que siempre se produce en el alma, en las profundidades de la intrahistoria unamuniana, con unas características propias y comunes a cada historia vocacional: "Deja de temer". Es el temor reverencial, amoroso de la entrega total: "Ellos dejándolo todo, lo siguieron". En todo itinerario de vocación, Jesús se hace presente en la vida diaria: "Vio dos barcas y subió a la de Simón"; como sube a la de cada uno de nosotros, para llamar amorosamente, "que a mis puertas cubierto de rocío, pasas las noches de invierno oscuras", que dice en su famoso soneto, Lope de Vega.

Jesús ya había conocido a Simón y a su familia, un poco antes de la pesca milagrosa; estuvo en su casa, conversó con ellos y curó a su suegra. Simón-Pedro va descubriendo la figura del Maestro, ha presenciado sus milagros y curaciones y oído su predicación. Ha sentido la fuerza atractiva e íntima que surge e impregna aquel hombre. Todo acto vocacional entrafia la llamada y la respuesta, el encuentro

y la indagación: Dios, que viene y llama y el hombre, que analiza, experimenta y se aviene y entrega. Con el conocimiento de Cristo se descubre que hay algo más importante que la vida y es, el sentido de la misma. Jesús, al entrar en la barca de Pedro, está entrando en su vida y, cuando Jesús, volcando toda su presencia, le interpela que salga y eche las redes, está tocando la médula que le afecta vitalmente, entra en su trabajo de pescador, lo que da sentido a su vida.

La pesca milagrosa dispone al seguimiento, es un signo para los discípulos; es el símbolo de la misión que les va a encomendar. Jesús llama y pide la entrega total del ser, la orientación personal, una opción de vida por Jesucristo y su doctrina. Pedro renacido por el Espíritu, hombre nuevo recibe su plan de vida: "No temas, desde ahora serás pescador de hombres". El encuentro con Jesús renueva, recrea, enamora, seduce, fortalece la debilidad y la flaqueza, y embarga el alma de un amor ardiente que impulsa a dejarlo todo y seguir al Maestro de Nazaret.

La vocación se acepta y se abraza no por las propias fuerzas, sino, como dice San Pablo: "Por la gracia de Dios, soy lo que soy y la gracia no ha sido estéril en mí" (1Cor 15,10), por y con la ayuda del Señor se sigue y no en vano. La respuesta ha de ser la de los Apóstoles y la de Isaías: "Heme aquí, mándame. Y me dijo: Vete y dile a este pueblo" (Is 5,9).

Camilo Valverde Mudarra